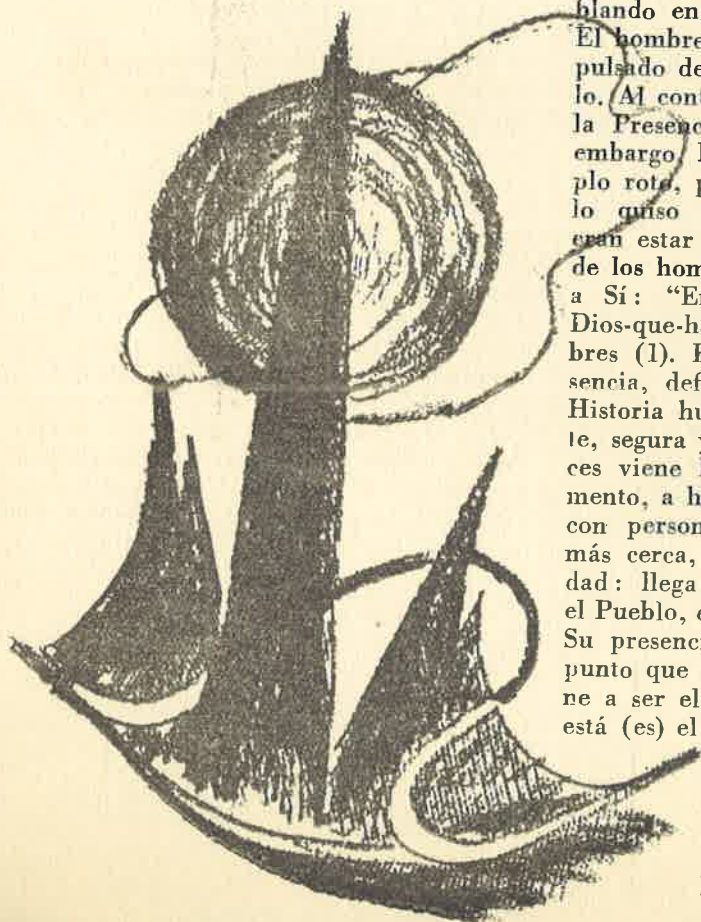


el templo

T. Rodriguez Miranda

El hombre, a pesar del infinito respeto que siente hacia Dios, desea con la misma intensidad tenerlo cerca, poseerlo. Dios, por otra parte, tiene voluntad expresa de habitar de nuevo con nosotros. De estas dos realidades brota la esencia de templo: un lugar material de habitación de Dios: un sitio donde Dios se hace presente al hombre y donde el hombre tiene su encuentro con Dios.

Un pecado vino a romper aquel templo maravilloso de la Creación, donde el hombre y Dios se paseaban hablando en el Paraíso. Dios se separó. El hombre se encontró sin templo, expulsado de él, pero no dejó de desearlo. Al contrario: sintió la nostalgia de la Presencia divina en un lugar. Sin embargo Dios, allí mismo, en el templo roto, prometió su restauración. El lo quiso expresamente: sus delicias eran estar en el templo (con los hijos de los hombres). El mismo se definiría a Sí: "Emmanu-El": Dios-con: el-Dios-que-habita-en-medio-de-los-hombres (1). Esta restauración de su presencia, definitiva, sería su obra en la Historia humana; obra lenta, creciente, segura y perfectísima. Desde entonces viene Dios, en el Antiguo Testamento, a hacerse presente en lugares y con personas determinadas, cada vez más cerca, cada vez con más intensidad: llega a habitar un Pueblo y, en el Pueblo, en el Santuario de Jerusalén. Su presencia en un lugar llega a tal punto que el mismo sitio material viene a ser el mismo Dios y Dios mismo está (es) el sitio. Este sitio es el Cuerpo de Cristo. De tal manera se cumple la idea fundamental de templo en el Cuerpo de Cristo que todo lo anterior queda automáticamente convertido en sig-



no. El Signo (Templo de Jerusalén) se ha hecho realidad en el Cuerpo de Cristo nacido de María; el Signo (Pueblo escogido) se ha hecho realidad en la Iglesia. Ambos están esencialmente unidos formando el Templo-Total como estaban unidos el Pueblo escogido y el Templo de Jerusalén en un signo total.

Dios cumplió su palabra. El Templo definitivo ya existe. Ahora sólo queda esperar que termine de construirse en sus piedras cuya cantera son todos los hombres.

Por tanto, el Único y Verdadero Templo (lugar de encuentro del hombre con Dios) es Jesús como Cabeza y su Iglesia como Miembros que todavía crecen.

Se puede tener la creencia de que, así como existía antes *un* Templo, ahora existen miles. Aquel Templo existía en función del *único* Templo que iba a venir. Los templos de piedra existen para hacer posible el verdadero Templo: el Cuerpo Místico.

Con estas ideas detengámonos en cada uno de esos estadios de la obra de Dios reparadora de su Templo: El signo, La Realización (nuestro tiempo) y el Cumplimiento total. Seguiremos en gran parte, ideas expuestas por Y. Congar en su libro "*El Misterio del Templo*" (2).

I. El signo. Tiempo de preparación

El signo total del Templo definitivo, lo constituye en el Antiguo Testamento el Pueblo con el Templo de Jerusalén. Dios habita su Pueblo y su Templo. Se desconoce con bastante frecuencia que en el Antiguo Testamento hay una "cierta presencia real" de Dios en un lugar preciso y en medio del pueblo. "El que se sienta sobre el pro-

NOTAS

piciatorio entre los querubines”, es decir, sobre el Arca, en el Santuario (3). Pero el Arca de la Alianza (y el sitio donde estaba colocada: la Tienda) estaba en medio del pueblo.

Los dos polos del Signo, Templo-Pueblo (Cabeza y Miembros en la Realidad), se manifestarán en un desarrollo paulatino desde el momento en que Dios comienza a elegir su pueblo en Abraham. Con Abraham el pueblo es incipiente y la “presencia” de Dios es aislada. Pero ya ha comenzado el Signo. Con anterioridad Dios, “añorando” la compañía del hombre, se había mostrado en intimidad a los patriarcas, v. c. Enoc y Noé (4).

Con Abraham comienza *el Pueblo* y Dios se muestra activamente en su formación. Abraham edifica un altar en el sitio donde Dios se muestra: en Siquem, en Betel, en Mambre (5). Preludios del Templo en el Pueblo incipiente.

Esta primera fase de formación del signo se acentúa con Jacob: Dios se le hace presente en el sueño, reclinado sobre una piedra: “Despertó Jacob de su sueño y dijo: verdaderamente Dios está en este lugar y yo no lo sabía; y añadió atemorizado: Terrible es este lugar, Casa de Dios y Puerta del cielo”. Jacob, pueblo incipiente (iba a tomar mujer para formar el pueblo), encuentra su Templo en un lugar, la piedra, en donde Dios se le muestra. “Ungió la piedra; la alzó como recuerdo y llamó aquel lugar Bet-El (Casa de Dios)” (6).

(1) Is. 7,14.

(2) Y CONGAR, *El Misterio del Templo* (Barcelona 1964). También hemos usado CHARPENTIER, *Notes de Pastoral, Bible et Vie Chrétienne* 42 (1961), 76; Cuadernos de Teología y práctica pastoral núm. 2 «Templo y comunidad» (Madrid, 1963). Una bibliografía bastante completa sobre el Templo se encuentra en la página 113 de dicho Cuaderno.

(3) Ex. 25, 17-22; 29, 42-46.

(4) Gen. 5, 22; 9,12.

(5) Gen. 12, 6-8; 13,18.

(6) Gen. 28, 10-22.

Pero todas estas “presencias” eran esporádicas. El Pueblo crecería con promesa de una tierra fija y por tanto de un Templo fijo.

En Egipto Dios prosigue su obra con más actividad. Su presencia en un lugar esporádico, adquiere rasgos de dirección eficiente en las teofanías a Moisés. La zarza ardiente (7) indica a Moisés la presencia de Dios allí: “el lugar en que estás es santo”. Moisés, reconfortado con las palabras de Dios: “Yo iré contigo”, saca al Pueblo escogido de Egipto. A ese pueblo, ya separado, Dios se hace presente pero de un modo peregrinante, como es su pueblo ahora: peregrinante por el desierto. El lo guía por medio de su presencia en la Nube (su Gloria) y la Columna de fuego (8). Hay en el éxodo del Pueblo un paso definitivo de Dios hacia el signo del Verdadero Templo: la *separación* de ese Pueblo como *suyo* y como Morada propia por medio del Tabernáculo: “él será mi pueblo y Yo seré su único Dios” (9); y hace una petición: “Que me hagan un Santuario y habitaré en medio de ellos” (10). Se construye el Arca y el Tabernáculo bajo la dirección de Dios en la teofanías del Sinaí. El Pueblo tiene el sentimiento de que Dios está presente en el Tabernáculo y en el Arca: usan la palabra “sekinah” equivalente a “morada” (11). Es una presencia de *testimonio* y de *acción*.

No es un concepto de presencia personal: ese sería el culmen dado en el Templo del Cuerpo de Cristo; pero sí había cierta presencia real y sensible: “Cada vez que Moisés entraba en la Tienda, bajaba la columna de Nube y se paraba ante la puerta... y hablaba con Dios cara a cara como un amigo (12). Dios mismo diría más tarde:

(7) Ex. 3.

(8) Ex. 13,21.

(9) Ex. 6-7; Lev. 26,12.

(10) Ex. 25,1.

(11) Y. CONGAR o. c. p. 27.

(12) Ex 33,8-11.

“hasta ahora he andado en una tienda, en un tabernáculo” (13). No es una verdadera y completa immanencia puesto que se trata de una presencia para querer, guiar, exigir, fortalecer (14). Ahora se manifiestan más claramente las notas del Símbolo total: el Pueblo y el Santuario —Miembros y Cabeza— y Dios en ellos.

El siguiente paso fundamental será la fijación del Signo total y el esclarecimiento en su verdadero sentido. La fijación se dará por la construcción del gran Templo por el pueblo ya establecido en la tierra prometida. El esclarecimiento tendrá dos cumbres: la profecía de Natán a David y las aspiraciones de los profetas al verdadero Templo. Entre esas dos cumbres se encuentra la edificación del templo salomónico, símbolo de Cristo-Templo. El Pueblo elegido ya está establecido con un rey fuerte: David, amante sincero de Dios y amado de Dios. Desea construir un Santuario único al Señor. Pero Dios no se lo permite: El será el que le dará el Verdadero Templo, el Único; la iniciativa es divina y gratuita. Natán recibe de Dios el mandato de comunicar a David: “No eres tú el que me construirás una casa (material, en el espacio); soy Yo el que te hará una Casa (de carne, espiritual, en la historia)” (15). Esa “casa” era la descendencia real de David, cuya realización plena sería Cristo, Casa de Dios. El amor de Dios a David fue el que quiso que con él comenzara a brillar el genuino sentido del Templo.

Fue Salomón el constructor del Gran Templo fijo: signo del definitivo, prometido a David (16). Salomón se da cuenta que una casa de piedra, no podía ser la realización definitiva del deseo de Dios de estar con los hombres.

Así lo dice en la oración hecha en la dedicación del Templo: “los cielos y los cielos de los cielos no son capaces de contenerte, ¡cuánto menos esta casa!” (17). Queda “algo incompleto”: el deseo de la presencia total.

Ya Dios ha hecho su signo: un Pueblo y su Templo, en los que habita. Ha sido una aportación decisiva en la economía de la presenciarización de Dios entre los hombres (18). Pero faltaba algo al signo: el Templo definitivo (Cristo y la Iglesia) sería un templo espiritual y universal. A esclarecer este sentido vienen los profetas. Su misión será iluminar y promover el plan de Dios. Consideran al Templo de Jerusalén como morada de Dios pero aspiran al verdadero Templo, al espiritual, al fundado en espíritu y en verdad (19). De aquí que ante la infidelidad del Pueblo y de los sacerdotes que adoraban a Dios sin “conversión interior” (20), rechacen aquel culto del Templo. Ellos, que “viven” a Dios, aspiran a lo genuino: la espiritualización y la universalidad.

Anuncian el exilio en Babilonia y se cumple. El Pueblo, sin Templo, sin Rey, sin Nación durante 70 años, cae en la cuenta de que, a pesar de todo, el que se vuelve a Dios con corazón contrito y sincero no es abandonado por El; “Yo seré para ellos santuario por el poco tiempo que estarán en el exilio... Yo les daré otro corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo para que sean mi pueblo y yo su Dios” (21). Para los profetas, El habita donde reina, y reina por los sacrificios espirituales de la plegaria, la alabanza y la penitencia. El, el Dios vivo, oye las plegarias en cualquier lugar y de cualquiera que las haga con ese corazón nuevo, espiritual.

(13) 2 Sam. 7,5.

(14) Y. CONGAR o. c. p. 33.

(15) 2 Sam. 7. Véase la interpretación de los textos en Y. CONGAR o. c. pág. 41 ss.

(16) IReg. 5,15 a 8,66.

(17) IReg. 8,27.

(18) Cuadernos de Teología y Práctica pastoral, núm. 2, p. 13.

(19) Cfr. Is. 7,1-15.

(20) Cfr. Is. 1, 11-14; Os, 6,6

(21) Fz. 11, 16-20.

(22). De esa espiritualidad abierta nace la idea universalista clara del Reino de Dios: durante el exilio y en el retorno, encontramos las ideas universalistas con frecuencia vinculadas al Templo: “que no diga el extranjero allegado a Yavé: Yavé me excluye de su pueblo...; porque *mi casa* —dice Dios— será llamada casa de oración para todos los pueblos” (23).

Cuando vuelve el Pueblo a Jerusalén y reconstruye el Templo, Dios ya le ha dado su último paso. El se ha hecho presente imperfectamente en un pueblo, en un santuario, exigiendo un culto espiritual: ese es el Signo completo. Ahora falta que se dé del todo cumpliendo ese signo. Lo promete por medio de Ezequiel: “pondré mi Santuario en medio de ellos por los siglos” (24). El autor del Ecclesiástico, nos conduce al borde del Nuevo Testamento viendo a la Sabiduría venir a *habitar* en medio de nosotros: “el Creador del Universo —habla la Sabiduría— me ha dado sus órdenes: El ha fijado mi tienda y me ha dicho: coloca tu tienda en Jacob” (25). Juan escribirá que “el Verbo se hizo carne y ha colocado su tienda en medio de nosotros”.

2. La realidad. El cumplimiento del Signo

Con la Encarnación, Dios le da al Pueblo su propia presencia de una manera esencialmente más profunda e íntima que lo que ha sido hasta ahora y todo lo que él puede imaginar: El

(22) Según parece, de este tiempo data el nacimiento del culto en las sinagogas: este culto da a entender que si bien se consideraba a Jerusalén como centro del culto propio, Dios oye a todos, en todo lugar. Es de notar también el nacimiento —posterior— de la secta de los Esenios quienes consideraban al culto de la palabra y oración como único.

(23) Is. 56, 3 y 7; otros textos: Is. 45, 14 ss; 49,6; Jer 16, 19-21; Sof. 2,11; 3,9-10.

(24) Ez. 37, 26-27.

(25) Eccl. 24,12.

habitará, como Santuario, su Pueblo de una manera absoluta, revelando al mismo tiempo la verdadera naturaleza de ese Pueblo: el Cuerpo Místico de su Hijo: la Iglesia.

El Cuerpo de Cristo. Al cuerpo de Jesús estaba unida hipostáticamente la Persona del Verbo. Ese Cuerpo es el Templo del Pueblo elegido. Cumple totalmente la idea de templo: sitio donde Dios y el hombre se encuentran. Desde este momento el Edificio de Jerusalén pierde su sentido; ha llegado la Realidad: el Símbolo ha sido absorbido (perfeccionado: cfr. Mt. 5,7) por la Realidad que permanecerá para siempre. Jesús mismo es el que llama a su Cuerpo Templo: “destruíd este Templo y en tres días lo levantaré...El hablaba del Templo de su Cuerpo” (26). No hay sino un Templo en el que podamos válidamente, adorar, rezar y ofrecer, y en el que encontremos verdaderamente a Dios: el Cuerpo de Cristo. (27).

Pero el Templo del Cuerpo de Jesús tiene su misterio: ha de tener una Pascua; ha de *pasar* por la muerte y resucitar (eso es Pascua: “paso”). El mismo lo anuncia dándole fuerza de *necesidad* (28). Cuando predice su Pasión como necesaria, y cuando habla del grano en la tierra o de la piedra rechazada, habla de la reconstrucción del Templo humillado o destruido de su Cuerpo, destinado a la muerte y a la resurrección y constituido así el verdadero Santuario de los tiempos mesiánicos (29). Es el “paso” en que su misma Carne pasa a ser del orden de lo espiritual: ese es el Templo no hecho por mano de hombre (30). Esta misma Pascua la ha de tener su Iglesia por ser ella también Cristo “misteriosamente”.

(26) Jn. 2, 19-21.

(27) Y. CONGAR, o. c. p. 264.

(28) Lc. 9,22; Mc. 9,30-32; Mt. 20, 17-19.

(29) Y. CONGAR, o. c. p. 162.

(30) II Cor. 5,1.

La Iglesia-Templo Místico. El Templo definitivo no se limita en el Antiguo Testamento al Tabernáculo o al edificio de Jerusalén. Templo es *todo*, Cabeza y Miembros, como templo era el Templo de Jerusalén y el Pueblo unido a él. Cuando se dice que el verdadero templo es el Cuerpo de Cristo, se dice una verdad tanto si nos referimos al Cuerpo físico, como si nos referimos al Cuerpo de la Iglesia.

El Cuerpo-Templo Místico, la Iglesia, tiene unas características que lo hacen algo distinto de toda sociedad meramente humana: Unión íntima y vital a Cristo su Cabeza; espiritualidad y Crecimiento continuo y orgánico. *La Unión* que hay entre las dos partes del Templo total, es, como se sabe, una unión misteriosa, pero tan real, que en la Escritura se compara a la de la vid con los sarmientos. En esta unión cada miembro queda hecho templo, de modo que no sólo es templo real el conjunto, sino cada miembro: como cada célula de nuestro cuerpo está viva con la vida que tiene todo el cuerpo. "La Iglesia, colectivamente, es el Templo de Dios pero el principio que hace de ella un templo, existe también en cada uno de los fieles y hace de él igualmente un templo" (31). Es doctrina de sobra conocida de S. Pablo: "el Templo de Dios, que sois vosotros, es santo... Vuestros miembros son Templo del Espíritu Santo... Glorificad a Dios en vuestro cuerpo" (32). No se trata de una fusión sino de una "comunidad" —comercio— divinamente real y profunda. Siendo Cristo el Sancta Sanctorum del Templo, al incorporarnos a Él, nos hacemos santuario íntimo. Cada fiel, por tanto, ha venido a ser ese Santuario del que Jesús habla refiriéndose a su Cuerpo (33). Esa incorporación íntima se realiza por los sacramen-

tos, especialmente por el Bautismo y la Eucaristía. Ese es el misterio de los sacramentos: hacernos santuario.

El Verdadero Templo es espiritual. "Espiritual" en el Nuevo Testamento, no se opone a visible o corporal sino a carnal: lo espiritual no es exclusivo de lo invisible. El Cuerpo físico de Jesús es material, la Iglesia militante es material y sin embargo el Verdadero Templo es espiritual: la plenitud divina del Templo mesiánico es corporal y espiritual (34). Los sacrificios así mismo, son espirituales. En efecto, el sacrificio de Jesús es su mismo Cuerpo inmolado en la Pasión y su Cuerpo es espiritual. Ese sacrificio se realiza en el Sacramento Eucarístico. Cristo en él se plenifica en su Cuerpo que es la Iglesia, a la par que el sacrificio espiritual de los fieles —que es también el de sus cuerpos, cfr. Rom. 12,1— se consuma en la unión con el sacrificio de Cristo, es decir en la Eucaristía. Pero este Sacrificio aunque se realice en la vida personal de cada uno, no puede celebrarse sino corporativamente, en "iglesia", bajo un ministro jerárquico (35). Así tenemos un solo sacrificio espiritual, el Eucarístico, que es el de Jesús para unirse a su Iglesia, el de la Iglesia para unirse a Jesús y el de cada fiel para unirse a Jesús en la Iglesia. Un solo Templo, un solo sacrificio el del Pan y el Vino. El fiel que comulga se integra al Sacrificio único en el Templo único.

Pero *este Templo está incompleto y crece continuamente.* Cristo como Cabeza-Santuario está completo: Él no crece, es definitivo y perfecto. Pero el resto del Templo místico tiende continuamente a integrar a todos los hombres; por eso sus dimensiones son humanas. Nuestro pensamiento corre el riesgo de equivocarse al querer determinar las dimensiones reales del Tem-

(31) Y. CONGAR, o. c. p. 176.

(32) I Cor. 6,19-20; II Cor. 6,16.

(33) Y. CONGAR, o. c. pgs. 180 y 198.

(34) Y. CONGAR, o. c. p. 209.

(35) Y. CONGAR, o. c. p. 209-10.

plo, conocidas únicamente por Dios, cuya cantera es toda la humanidad desde sus ignotos principios hasta sus confines; y según su profundidad, que es la del hombre hecho imagen de Dios, que nos es igualmente desconocida (36). Es la realización progresiva de nuestro Templo.

El sentido de universalidad predicado por los profetas tiene su sentido pleno en este Templo definitivo. En S. Pablo son familiares los términos de “edificar” el templo y “crecer” el cuerpo. S. Pablo usa con frecuencia ambas imágenes y las transpone con facilidad. Así en Ef. 2,21 habla del edificio que “crece” y algo más adelante en 4,12 y 16 del cuerpo que se “construye”. Esto es, habla de un “edificio vivo”. Nuestro Templo es esencialmente vivo. Pero vida en desarrollo dinámico que crece “hacia” y “para” la edificación (in aedificationem) (37). Esta es una misión de cada fiel-templo: el fiel tiene que “mirar cómo edificar”. Todo ese dinamismo del crecimiento “no tiene otro fundamento sino el que ha sido puesto: Cristo” (38). Con esto llegamos a Cristo Piedra Angular del Templo: en Él se funda todo: Él mismo será el fin de todo el crecimiento y El mismo será el plano y el modelo de toda la edificación. Los hombres, por el contrario, somos la materia de construcción y los constructores con la virtud de Cristo dada por los apóstoles (39).

S. Pedro exhorta en su primera carta, 2,4-5, a los cristianos a allegarnos a la Piedra viva y así ser también piedras vivas de la casa espiritual. S. Pedro sabía muy bien lo que era entroncar con la Piedra viva angular: Cristo mismo lo hizo “piedra” fundamental del templo en construcción por ser él

el primero y el que más fuertemente se adhirió al confesarle Hijo de Dios. Los fieles son piedras vivas como Cristo lo es, con la salvedad de que lo son “por Él”, mientras Él lo es “por Sí” (40). Por eso podemos considerar que la Piedra Unica se dilata en cierto modo, siendo al mismo tiempo una y muchas.

Esta construcción se da en todo el mundo por medio de la Eucaristía y el Bautismo principalmente, que incorporan los miembros a Cristo muerto y resucitado (41).

¿Qué es Templo en nuestros días? : es el Cuerpo de Cristo y “en Él” todo el Pueblo de Dios. Cristo ya es templo definitivo y completo, pero su Pueblo está todavía itinerante, en carne mortal. El Pueblo tiene que crecer, pero sobre todo tiene que celebrar su Pascua efectiva: su muerte y su resurrección. La Pascua mística la celebra al tiempo que crece: en el Bautismo morimos y resucitamos a Cristo; por eso somos, en parte, ya Templo definitivo y por eso estamos ya místicamente al final de los tiempos. Pero queda la Pascua real de la carne, esa no se cumplirá sino al fin de los siglos “cuyo día y hora nadie lo sabe sino el Padre” (42).

Ahora en la trama de la Historia del mundo, lo carnal continúa todavía en el Templo espiritual presente, hasta la última purificación; después, todo en el Templo procederá solamente del Espíritu.

3. La Realidad Total

El verdadero y definitivo Templo Total se dará después que la Iglesia y el Mundo haya celebrado su Pascua Efectiva. Entonces Cabeza y Miembros —Santuario y Pueblo— ya completos,

(36) Y. CONGAR, o. e. p. 221.

(37) Eph. 2,21; 4,12.

(38) I Cor. 3,10-11.

(39) Eph. 2,20.

(40) Y. CONGAR, o. e. p. 201.

(41) I Cor. 12,13; 16,17.

(42) Mt. 24,41.

formarán la Nueva Jerusalén. S. Juan en el Apocalipsis nos describe la Ciudad Santa descendiendo del cielo, la Esposa del Cordero. "Y en ella no vi templo ninguno porque Dios omnipotente es su Templo y el Cordero" (43). Dios será igualmente el Templo de cada uno y de todos y, primariamente, Templo de sí mismo en donde viviremos.

En el Apocalipsis ha sido asumido todo el sentido evangélico y apostólico del Templo. Su sentido evangélico se manifiesta en esto: Cristo (inmolado y resucitado) es el verdadero Templo; su sentido apostólico en esto: la comunidad de los fieles es el verdadero Templo. (44). Los fieles en comunidad, con nuestros cuerpos resucitados ya, "no hechos por manos de hombre".

Cristo, al mismo tiempo, será —es, desde ahora— el principio de la Nueva Creación donde todo es el templo de adoración: allí y para siempre, Dios y el hombre estarán juntos; allí será la eterna liturgia del hombre a Dios con el "cántico Nuevo": "Santo, Santo, Santo". Con esto llega el hombre hasta el límite máximo de sus posibilidades de criatura: Alabanza eterna en Dios-Templo.

4. Nuestros templos de piedra

A primera vista el título de este artículo, reclama una respuesta sobre nuestros templos de piedra. Sin embargo el *verdadero* Templo es el expuesto. En tanto en cuanto nuestros templos-edificios tengan relación con el verdadero, serán ellos verdaderos templos.

No podemos decir que antes existía un Templo en Jerusalén y ahora existen miles en todo el mundo. Nuestros templos no tienen que ver con el Tem-

plo de piedra de Jerusalén, puesto que éste era signo del Cuerpo de Cristo: hecho realidad en la Encarnación.

Sin embargo, tienen una importancia suma en la realización del Cuerpo Místico de Cristo:

El templo de piedra tiene una cierta sacramentalidad es un: "signo eficaz" (45):

"signo": porque significa a la reunión de fieles que contiene, es decir a la Iglesia.

"eficaz" porque hace posible la reunión de fieles que forman la Iglesia. Cristo dijo: "allí donde hubieren dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy Yo" (46).

Para esa reunión hace falta un *sitio*.

El templo de piedra es medio de realización del Templo espiritual.

Por otra parte, nuestros templos cumplen las notas características de todo templo: "sitio material donde se encuentra el hombre con Dios". En ellos celebramos el Sacrificio Eucarístico donde encontramos a Cristo Dios realmente; en ellos tenemos el sitio de recepción de los sacramentos (encuentro con Cristo) especialmente el Bautismo.

Uno cualquiera de nuestros templos es el templo del Templo, ya que es el lugar que cobija el Cuerpo Sacramental y el Cuerpo comunal de Cristo.

Por todo esto, la construcción arquitectónica de nuestros templos, debe ser tal que aun exteriormente nos ayude a la unión con Cristo en su Cuerpo. La ornamentación para este fin dependerá de culturas, de regiones y de artes.

(43) Ap. 21,9-10 y 22.

(44) Y. CONGAR, o. c. p. 243.

(45) Cuadernos de Teología y Práctica pastoral, núm. 2, pg. 33.

(46) Mt. 18,20.